

trabajo, en total) una obra que expertos conocedores de la materia consideran "monumental".

Nuestro *Atlas Lingüístico Etnográfico* recibió en 1982, de la Junta Directiva de la Academia Colombiana de la Lengua, el gran honor de ser recomendado ante los Miembros del Jurado para el "Premio Miguel de Cervantes", como obra merecedora de tal premio, el mayor de carácter literario y económico que se concede hoy en el mundo de lengua española.

Para terminar, repito las gracias más cordiales y sinceras al señor Presidente de la República, doctor Belisario Betancur, por la condecoración que me ha impuesto y que es reconocimiento de la labor que este humilde compatriota suyo, por amor a Colombia, más que todo, y con mucha devoción y cariño, ha realizado en beneficio del país y en el Instituto Caro y Cuervo, entidad benemérita de la Patria.

## HOMENAJE AL DOCTOR LUIS FLÓREZ EN SUS CUARENTA AÑOS DE EJEMPLAR LABOR EN EL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Las directivas y todo el personal del Instituto Caro y Cuervo se congregaron en el aula máxima de su sede principal —en Yerbabuena— para rendir un cordial homenaje al doctor Luis Flórez con motivo de sus cuarenta años de constante y ejemplar labor en nuestra institución. El acto se llevó a cabo al finalizar las tareas del 5 de octubre de 1984, día natalicio del doctor Flórez. A él le fue entregado, en sencilla ceremonia, un conjunto de estudios de historia cultural, de dialectología, de geografía lingüística, de sociolingüística, de fonética, de gramática y lexicografía —escritos por destacados investigadores, tanto del Caro y Cuervo como de otras entidades filológicas y lingüísticas de varios países— reunidos en un volumen titulado *Homenaje a Luis Flórez*. El Director del Instituto, doctor Rafael Torres Quintero, escribió el prólogo del libro, donde califica la obra lingüística del doctor Flórez como *Una obra ejemplar*:

Ingresó el doctor Luis Flórez al Instituto Caro y Cuervo en octubre de 1944 y desde entonces su labor ha sido la del investigador consagrado y tenaz en el campo de la dialectología hispanoamericana, actividad que ha sabido combinar frecuentemente con la de la cátedra y la disertación magistral. Su vocación para estos estudios se definió desde las aulas de la antigua Escuela Normal Universitaria de Bogotá, que tan brillantes generaciones de profesionales formó en diversas ramas de la ciencia.

Basta observar la impresionante lista de sus escritos, presentada en este volumen por un alumno y colaborador suyo, para darse cuenta de lo extenso de su

obra, en parte resultado de sus investigaciones y en parte fruto de sus serias lecturas y experiencias.

Dos propósitos se advierten en su fecunda producción filológica: uno, el de penetrar en el conocimiento de la realidad lingüística del país, con base en la observación directa del habla popular sin ánimo correctivo, y otro, el de difundir entre un gran público, a través del libro y del periódico, las enseñanzas sobre el buen uso de la lengua, siempre con criterio moderno, flexible, muy lejano del purismo recalitrante de épocas hoy en gran parte superadas. Esta posición bien definida de don Luis Flórez obedece, sin duda, a su formación en la ciencia del lenguaje y en especial en la hispanística, de acuerdo con la escuela de Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Tomás Navarro, Ángel Rosenblat, etc., o con la del primer gran maestro don Rufino J. Cuervo, el de la 2ª edición de las *Apuntaciones que, por apremio de rigor científico llegaron a convertirse en el inconcluso Lenguaje popular y lenguaje literario*, con tan manifiesta preocupación por la vida del español de América, en especial de Colombia. De aquí que, si de un lado se empeña en describir, con nueva metodología, *La pronunciación del español en Bogotá* o el habla popular de Antioquia o Santander, se esmera, de otro, en recopilar sus notas de divulgación en manuales como *Lengua española* o *Temas de castellano* o en respuestas a las numerosas consultas que se le formulan. Por ambos motivos, y con toda razón, la Academia Colombiana de la Lengua lo hizo Miembro Numerario de la Corporación. En ella y en la Comisión de Lexicografía, de la que es miembro activo, su autoridad es acatada para cualquier decisión o recomendación en materia de lenguaje.

Pero lo que define, mejor que ninguna otra cosa, lo que ha sido la trayectoria científica de Luis Flórez en sus cuarenta años de trabajo al servicio del Instituto Caro y Cuervo es su participación, en calidad de cabeza y guía, en la magna obra del *Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia (ALEC)*. Él fue consciente, desde un principio, de lo que significaba un experimento de esta índole, nuevo en el país, si bien con antecedentes en otros medios lingüísticos y centros de mayores recursos. Las dificultades que era necesario vencer para llevar a buen término esta empresa saltaban a la vista: la inexperiencia; la vasta extensión y condiciones climáticas del territorio que había que explorar; la escasez de personal preparado; los limitados recursos económicos; la dudosa colaboración de autoridades provinciales, generalmente ajenas a este tipo de trabajo de encuestas; la preparación de un indispensable cuestionario básico; todo lo que implicaba, en fin, la aplicación en gran escala de los métodos de la geografía lingüística, no antes ensayados en nuestra tradición lexicográfica.

Esta compleja problemática solo podía ser resuelta a base de estudio, de incansable constancia y, sobre todo, de un idealismo juvenil que aspiraba a ganar la meta, no por lejana menos atractiva, de prestar un servicio a Colombia y a la ciencia. Con el apoyo que en todo momento le ofrecieron las directivas del Instituto, el doctor Flórez logró conformar el grupo de investigadores que, contagiados de su entusiasmo y su amor al trabajo, lograron, tras largos años, dar cima a esta obra que ha causado admiración y franco elogio por parte de lingüistas y dialectólogos del país y del exterior. Los nombres de Luis Flórez y los de sus inmediatos colaboradores han quedado, de este modo, inscritos en la historia de la ciencia colombiana a la manera de como lo fueron los de don José Celestino Mutis y los miembros de la Expedición Botánica en el siglo XVIII.

Bien han dicho, Luis Flórez y quienes lo acompañaron en esta realización, que no consideran agotada con el Atlas la investigación sobre el habla popular de Colombia. Por el contrario, ellos piensan que este es solo un comienzo y un

gran acopio de materiales para que los investigadores actuales y posteriores aprovechen los datos ofrecidos, los confirmen y amplíen, los cotejen con estudios análogos y prosigan explorando posibilidades de nuevos hallazgos. Razonable y modesta posición que compartimos y que, lejos de restarle mérito al trabajo, lo sitúa en su verdadera dimensión de documento básico para un futuro promisorio en la investigación dialectológica, como se advierte ya en varios de los trabajos que se han publicado.

Esta colección de ensayos de historia cultural, dialectología, geografía lingüística, sociolingüística, fonética, gramática y lexicografía, que hoy ofrece el Instituto a don Luis Flórez ha surgido como espontáneo tributo de admiración y simpatía hacia un trabajador de la cultura que ha demostrado lo que pueden la disciplina, el tesón, el estudio y el amor a la patria.

Al homenaje de sus amigos y discípulos nos sumamos, con el orgullo de quienes han compartido muchos años de infatigable labor al servicio de una causa común, que no es otra que la del empeño en seguir descubriendo las raíces de nuestra identidad cultural.

En la mencionada ceremonia del 5 de octubre, el investigador del Departamento de Dialectología José Joaquín Montes Giraldo, en nombre de todos los colaboradores del Instituto, hizo el ofrecimiento del acto a su profesor y colega con las expresiones que transcribimos en los párrafos siguientes:

La ciencia, también la ciencia lingüística, desde luego, y quizá en mayor medida que otras, es tradición, continuidad, labor conjunta de sucesivas generaciones, cada una de las cuales avanza apoyándose en los logros de las precedentes.

Con Rufino José Cuervo Colombia inició, como es hoy universalmente reconocido, el estudio científico del español americano y, por consiguiente, de la dialectología del español en nuestro continente. El interregno que se produce en estos estudios a la muerte de Cuervo, apenas signado por poquísimos estudios de no mayor importancia, termina con la creación del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo y con la fecunda labor de Luis Flórez en él y fuera de él. No puede ponerse en duda que Luis Flórez encarna en Colombia el renacer de los estudios dialectológicos, que él fue el motor principal (con su actividad investigativa y sus enseñanzas de pedagogo nato a quienes colaboramos con él) de la magna obra del *Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia* (ALEC), obra que como se ha dicho ya, en más de una ocasión, es la realización más importante no sólo del Instituto Caro y Cuervo sino también de Colombia en el terreno de las disciplinas lingüísticas, y punto de partida promisorio para un nuevo auge de los estudios en estos campos.

Por este ALEC y por todas sus obras y esfuerzos anteriores, así como por el volumen de *Homenaje* que hoy sale a la luz pública, se perpetuará la memoria de Luis Flórez en el mundo científico. El reconocimiento de amigos y colegas servirá a las generaciones futuras para que no olviden tan pronto el nombre de este intelectual una vez que se nos vaya de este planeta.

Para los miembros del Departamento de Dialectología que hemos tenido la suerte de acompañar por largos años a Luis Flórez en su tesonera labor y aprovecharnos de sus enseñanzas, es una gran satisfacción asistir a la celebración de este justísimo homenaje que le hace el Instituto. En nombre de mis compañeros de

Dialectología acepte, doctor Flórez, una cordialísima felicitación y muchas gracias por sus enriquecedores ejemplos de incansable labor investigativa.

El doctor Luis Flórez agradeció el homenaje tributado en su honor con estas sencillas y emocionadas palabras de carácter autobiográfico:

Cuarenta años de mi vida profesional han transcurrido en el Instituto Caro y Cuervo. Considero que no he trabajado más ni mejor que el resto de los colaboradores. Creo, simplemente, que he trabajado, y que en mis estudios he utilizado los métodos de la *Geografía Lingüística* y de *Palabras y Cosas* que hasta hace 30 años —o acaso más— poco o nada se habían aplicado en Colombia de manera sistemática para recoger y presentar al público el vocabulario del español hablado en nuestro país. El empleo de estos métodos —para lo cual me había preparado en los Estados Unidos, antes de entrar al Instituto— creo yo que ha sido la causa principal del interés que mis trabajos han despertado entre lectores nacionales y extranjeros. Un poco también mi permanente deseo de presentar los datos en forma muy clara y sencilla. Un día en Bogotá, un alto funcionario de la Fundación Rockefeller, Mr. William Berrien —a quien yo no conocía—, espontáneamente y al cabo de poco tiempo de amistosa charla, me otorgó una beca —que yo no pedí— para que estudiara lo que quisiera y en donde quisiera. Fue un ofrecimiento generoso. Con esa beca estudié intensamente *Geografía Lingüística*, *Fonética del Español* y otras materias en varias universidades norteamericanas. Don Tomás Navarro colaboró como el que más en mi orientación y preparación, allá en las aulas del Philosophy Hall de Columbia University en New York, y después, durante años, estando ya el suscrito instalado en las oficinas del Caro y Cuervo. He llorado de verdad la muerte de este inigualable profesor y amigo incomparable que fue para mí don Tomás Navarro. Él es en parte responsable de que yo esté aquí, y de los temas y tipo de trabajo en que con tanto gusto, ilusión y cariño me he ocupado durante muchos años.

Quiero reconocer que he sido un privilegiado de la vida en materia de estudios y ocupación, y que lo poco que soy se lo debo a los demás, y lo nada que tengo es cosa mía. Con una beca que personas bondadosas pidieron y consiguieron para mí, cursé y aprobé el bachillerato de seis años. Con otra beca que otros amigos ayudaron a conseguirme, hice en Bogotá estudios superiores de filología y lingüística. Y en seguida, con una tercera beca, salí de Colombia, principalmente para aprender a estudiar la lengua española con métodos científicos. Todo ello ocurrió sin interrupción, una beca tras otra, sin pérdida de tiempo.

Hago un paréntesis para evocar unos recuerdos juveniles: las *Apuntaciones críticas* de Cuervo despertaron en mí el interés por el idioma, cuando yo hacía tercero y cuarto año de bachillerato, y por esos mismos años —primeros de la década del 30— empecé a escribir para el público, en un periodiquito que fundamos varios alumnos del colegio del Líbano. ¿Qué decíamos en el modesto semanario, que titulamos *Adelante?* —Bobadas, tonterías. Lo escribíamos entre semana, y el sábado, día de mercado, salíamos a venderlo por la calle real y la plaza. La gente parecía admirar nuestro esfuerzo —o nos compadecía— y nos daba los cinco centavos que valía el ejemplar (mucho plata para entonces). En 1937, cuando hacía el sexto año de bachillerato en el colegio San Simón de Ibagué, fui uno de los redactores de otro periodiquito —éste más modesto, porque no teníamos con qué imprimirlo, y salía mecanografiado por los alumnos

mismos —. Lo llamamos *El Alacrán* porque hacíamos críticas ponzoñosas sobre la marcha del Colegio y sobre el desempeño deficiente del Rector. Un día éste me llamó a su despacho y levantando en una mano un ejemplar de *El Alacrán* me preguntó muy seriamente: "¿Ud. es el autor de este escrito?" — Sí, señor —. —Pues la próxima vez que publique otro escrito de esta clase, será sancionado—. Y fui sancionado: como era alumno interno, me quitaron la salida de los domingos durante varios meses. — En el mismo año 37, los colegiales de varias ciudades organizaron una huelga nacional contra el llamado *examen de revisión*: al terminar el 6º año, todos los bachilleres debíamos presentar en Bogotá un examen general sobre las materias cursadas en los seis años. En San Simón los alumnos de último año crearon un comité de huelga entre cuyos miembros estaba yo. Ese comité salió a pedir plata por las calles de Ibagué para costear el viaje y la permanencia de un delegado ante un Congreso Nacional de Estudiantes que se efectuaría en Bogotá. La gente nos dio plata, y yo fui escogido para viajar a la capital de la República en representación de San Simón. Entonces conocí a Bogotá. En la carrera 7ª la policía nos echó agua y nos hizo correr para una parte y otra. Los estudiantes más lanzados se fueron a la sede del Ministerio de Educación y trataron de ponerle mano al Ministro. Al regresar a Ibagué los estudiantes organizaron un desfile para recibirnos, desde la estación del tren, por la carrera 3ª, hasta la plaza de Bolívar. Hubo banderas, pancartas y discursos de trecho en trecho. Después de un descanso y un informe de labores, en definitiva no se consiguió nada porque en enero de 1938 todos los huelguistas hubimos de presentar el examen de revisión. Yo pasé o aprobé en Bogotá con una calificación de 4 en la escala de 1-5. Como sobraron algunos pesos de toda la campaña, se repartieron proporcionalmente entre los miembros del Comité de Huelga: cada uno recibió diez pesos. Yo compré entonces en Ibagué un par de zapatos muy finos que me valieron seis pesos, y con ello quedé muy satisfecho (hoy en Bogotá esos zapatos costarían alrededor de cinco mil pesos).

Dije que he sido un privilegiado de la vida: después de hacer muchos años de estudio con beca, volví del exterior a Bogotá, me presenté en el Instituto Caro y Cuervo y en seguida me dieron trabajo: durante los primeros años estuve ayudando a reunir materiales para la continuación del *Diccionario* de Cuervo. Al lado de este trabajo y marginalmente, los días sábados, empecé a realizar pequeños estudios de dialectología. En 1951 el Instituto Caro y Cuervo publicó mi primer libro. Otros fueron saliendo poco a poco hasta llegar a quince o veinte. Ha sido una gran suerte que el Instituto Caro y Cuervo me haya dado trabajo durante 40 años continuos. Bien es cierto que no he dado motivo para que me despidan. Por la oportunidad de ganarme la vida durante tanto tiempo, de manera no bien remunerada pero sí estable, debo agradecimiento muy sincero al primer director del Instituto, R. P. Félix Restrepo, al doctor José Manuel Rivas Sacconi y al doctor Rafael Torres Quintero, cuyo espíritu bondadoso y comprensivo me ha hecho objeto en los últimos años de generosas muestras de amistad personal y de confianza en mi trabajo.

Por los libros que el Instituto me ha publicado me conoce mucha gente fuera de Colombia, y por ello y por ser miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua he tenido oportunidad de viajar quince veces al exterior, estar en 25 países y saludar en una parte y otra a distinguidas personalidades del mundo de las letras.

Alguien me ha preguntado cómo he podido resistir 40 años en el Instituto Caro y Cuervo. Pues bien: porque nunca me he preocupado mucho por la cuantía del sueldo. Mi interés ha estado siempre concentrado en estudios de mi

entero gusto, siempre estuve preocupado con la idea de realizar un *Atlas Lingüístico Etnográfico de Colombia*, que felizmente ha logrado publicarse en poco tiempo. Si me hubieran interesado más el dinero y las comodidades materiales, que el Atlas, hubiera aceptado alguna de las muchas invitaciones que me hicieron universidades de los Estados Unidos, y me habría ido. Pero a trueque de ganar poco y llevar una vida modesta resistí las tentaciones y me quedé para siempre en nuestro país, dispuesto a trabajar aquí por Colombia y para Colombia. Y es lo que he hecho, con la idea de que más vale ser cabeza de ratón que cola de león.

Que a todos nos conserve Dios mucho tiempo más la vida y la salud para alcanzar a hacer otros estudios de prestigio para el Instituto, para Colombia y para el mundo de lengua española en general.

Quisiera juntar a todos los presentes y ausentes en un fuerte y cordialísimo abrazo y decirles que cada uno me inspira simpatía y afecto. Con todos me he llevado bien, inclusive con los compañeros de Dialectología, que constituyen un grupo de trabajo eficiente y de muy buena voluntad.

Agradezco inmensamente al actual director del Instituto, doctor Rafael Torres Quintero, la idea de hacerme este homenaje, que merecen también en mayor o menor grado, todos y cada uno de los investigadores y compañeros del Departamento de Dialectología.

Agradezco con especial cariño a la buena y querida esposa que la suerte me ha deparado hace 41 años, la útil compañía que me ha hecho; la valiosa ayuda que me ha dado trabajando en la casa con materiales del Instituto, pacientemente y con gran interés — como si fueran cosa suya —; las acertadas observaciones que de cuando en cuando me hacía sobre alguna palabra o frase mientras corría de una parte a otra el rodillo de la máquina de escribir, o cuando leía en voz alta, varias veces, lo mecanografiado para ver si me sonaba bien o mal. Le agradezco especialmente a mi mujer el que con tantos cambios y modificaciones que yo hacía siempre en los originales, ella tenía que mecanografiar por lo menos tres veces cada uno de los libros que he escrito. Es un agradecimiento que el Instituto debe a mi señora y que abarcaría también las veces que me acompañó a hacer algunas encuestas en pueblos de Antioquia, Santander, Tolima y la Costa caribe. Ella tomó con mucho gusto mi trabajo del Instituto, sin esperar más reconocimiento que las gracias que una vez que otra yo le daba. Con gran voluntad y total desinterés por compensaciones de alguna índole, trabajamos juntos durante varios años los sábados, domingos y días de fiesta. No nos pesa, no estamos arrepentidos; por el contrario, sentimos una profunda satisfacción de haber podido colaborar un poquito en grandes tareas del Instituto, que hoy son honra y prestigio para la entidad en muchos países del mundo.

Finalmente, quiero dar “muchas, muchísimas gracias” a los colegas y amigos que participaron con un trabajo (o más) en esta importante suma de escritos; al jefe de la Imprenta del Instituto Caro y Cuervo y a todos sus colaboradores, hombres y mujeres, por la cuidadosa corrección de los textos y la excelente presentación del volumen; al doctor Torres Quintero, otra vez, por el fino detalle de haber escogido el día de mi cumpleaños para esta celebración; por último, a todas las personas que me honran hoy aquí con su gratísima presencia, quiero manifestarles que su amistoso gesto acrecienta en mí la profunda emoción de este acto y que con mis sencillas y sinceras palabras, salidas más del corazón que de los labios, agradezco a todos, absolutamente a todos, su compañía y su colaboración en una u otra forma para llevar a cabo este inesperado y generoso homenaje.